

¿HAZ BIEN Y NO SEPAS A QUIEN
O
MAL VENDRÁ A QUIEN BIEN HARÁ?

CUENTO DE TODAS PARTES.

Al amanecer de una de esas frescas mañanas del mes de Junio, tan plácidas en Bizcaya si soplan las brisas del nordeste, caminaba desde su casería de Ellauri en la anteiglesia de Ceanuri, senda arriba de Gallartu como vamos hácia la peña de Arraba, Fraisku Sagarra, buen casero de este barrio, cuando al penetrar en el espeso hayal de Austegui dió de bruces con la cabeza de un enorme lobo suspendido por una pata de las ramas más bajas de un árbol.

—¡Arrayoa, demoniñuori! dijo espantado, retirándose algunos pasos sin dejar de mirar al lobo.

—Por el amor de Dios, le suplicó este, no me hagas ningun daño, que si me sacas del apuro en que me encuentro, yo te lo pagaré larga y generosamente. Ayer mañana, casi á esta misma hora, subí á este árbol para descubrir la cueva en que anida el águila más carniceira de estas peñas, cuando al bajar para devorarla resbalé, caí de cabeza y quedé colgado de esta maldita rama que me tiene prisionero.

—¡Castigo del cielo! exclamó inmediatamente Fraisku; porque si el águila no se metió contigo para nada, tú no eras el juez que debía castigarla.

—Pero si todos los pastores lamentan cada día los corderos que les arrebató, ¿cómo había de desoir sus justas quejas?

—Calla, fermentido, repuso Fraisku. ¿Y qué haces tú y todos los de tu raza maldecida, sino sembrar de despojos y de huesos de esos inocentes animales los cerros, los llanos y las cuevas de este gigantesco monte de Gorbeya?

—Por el amor de tu mujer, y de tus hijos, otra vez te suplico que no me abandones y que me saques de la triste situación en que me veo. Yo vigilaré tus rebaños, si los tienes; yo los defenderé de quien intentare atacarlos; yo seré tu criado y tu esclavo más fiel; pero socórreme pronto, porque voy perdiendo por momentos las pocas fuerzas que me restan!...

—¿Y si me pagas mal el beneficio que puedo hacerte? ¿Y si como eres traidor lo olvidas y así que te veas libre me devoras?

El lobo calló, pero sus ojos comenzaron á derramar abundantes lágrimas. Pasado otro buen rato y con voz desfallecida, dijo á Fraisku:

—Si no quieres apiadarte de mis lágrimas ni de mis promesas, déjame morir en paz, y sé más feliz que yo lo he sido en estos valles y montañas.

Fraisku no le replicó palabra, pero subió al árbol; sacó el gurgullu¹ con el que separó un poco la cruz que formaba la rama en que se hallaba sujeta la pata del lobo, de la que se desprendió enseguida sin causarse daño, porque su hocico estaba muy poco del suelo.

—Muchas gracias, díjole á Fraisku, así que se puso en pié: te debo la vida y desde este momento me consagro á tu servicio, ¿A dónde vas? porque me propongo acompañarte hasta el punto que me indiques, separándome siempre, por supuesto, de los de tu raza.

—Yo voy á Ubidea, le dijo Fraisku, sin detener el paso ni separar la vista de una gruesa estaca que pulía y arreglaba con la recia hoja del gurgullu.

Y de este modo y sin decirse una palabra caminaron un buen rato, hasta que, al llegar á la cueva de Supelegor se detuvo el lobo, miró á Fraisku, y relamiéndose los labios le dijo:

—Hombre, me siento desfallecer; mi debilidad es extremada, y tengo verdadera necesidad de comer alguna cosa. No es lo mismo haber dormido á pierna suelta y almorzado tranquilamente, como estar colgado, haber tenido el ojo abierto y el estómago cerrado durante veinte y cinco horas mortales!

(1) Cuchillo corvo pero muy fuerte, á manera de machete, que emplean los labradores bascongados en las faenas del campo.

—Pues te quedas por aquí, y á cazar.

—Pero si apenas tengo fuerza para sostenerme, y si estoy cojo ¿cómo alcanzaré la presa?

—Pues discurrir, que para eso nos ha dado Dios la inteligencia. Yo tomo ahora por el atajo, y hasta más ver.

—Eso de hasta más ver, poco á poco, porque puede suceder que tú no me veas más. Hago ánimo de comerte en cuanto lleguemos á la cueva de Zárate, como no halle en ella rezagado algun cordero.

Fraisku se quedó estupefacto al oír estas palabras. Y levantando en alto la tranca que tenia en ambas manos, y separándose algunos pasos de su compañero, le dijo con la mayor indignacion:

—¿Eres tú aquel lobo humildísimo que no hace media hora todavía que me suplicaba por Dios y por el cielo, por mi mujer y por mis hijos que no le abandonara y le sacase de la penosísima situacion en que se hallaba? ¿Eres tú quien, derramando lágrimas, juraba pagarme con usura el beneficio que le habia hecho, y defender todo lo mio, y ser mi criado y fiel esclavo? Anda traidor, ingrato, mal amigo; sepárate de mi vista si no quieres exponerte á que te descalabre ó te rompa el espinazo.

Y avanzando hácia el lobo formando remolino con el palo, le hizo retroceder cuantos pasos le pareció conveniente.

—No creas que aunque me retire por un momento, le respondió con insolente tranquilidad el lobo, temo á tu valor ni á tus armas, porque á poco que me esfuerce y ántes de lo que tú puedas figurarte, te verás rodeado de los míos y serás devorado en un instante. Solo habria una diferencia en el triste fin que te espera, y es que matándote yo te causaria el menor daño posible y te comeria entero, mientras que acompañándome mis parientes y amigos sufririas la muerte más cruel, porque te desgarraríamos, vivo acaso, para distribuirnos tus carnes y tus huesos.

No dejó de hacer profunda mella la observacion del lobo en el ánimo de Fraisku, quien despues de meditar un momento sobre el peligro que le amenazaba, deteniendo el movimiento del garrote, le dijo:

—Ves allá abajo un asno que, por la calma con que rumia la yerba, y por lo tardo de su paso, parece ser muy viejo? No te brindo á que lo comas porque seria tan injusto como cruel, además de que sus huesos no saciarian tu apetito; pero lo que sí te propongo es, que so-

metamos á su buen consejo y experiencia el caso que nos ocupa en este instante. Si acuerda que es justa tu peticion, yo me someteré enseguida á su fallo; pero no siendo así, jurarás huir de mi lado inmediatamente.

—Lo acepto, replicó el lobo.

Acercáronse uno y otro al sitio en que pastaba el asno, y díjole el hombre:

—Escucha, sábio amigo, la causa que nos obliga á sacarte de tus meditaciones para que seas juez de una contienda que venimos sosteniendo. Este lobo que me acompaña, hacia veinte y cuatro horas que se hallaba colgado por una de sus patas de la rama de un árbol, cuando acerté á pasar por su lado y me suplicó con lágrimas en los ojos que lo salvase, jurándome gratitud eterna. Así lo hice, y ahora que se encuentra libre quiere devorarme. ¿Crees justo que en pago de mi generosa conducta le sirvan mis carnes de alimento?

El asno, que estaba poseido del miedo más espantoso desde que á su lado se colocaron aquellos inoportunos compañeros, sin levantar la cabeza del suelo, replicó al hombre:

—Te has equivocado, buen amigo, al buscarme para juez imparcial de la grave cuestion que me denuncias. Sábete que enfermo y extenuado por la vejez, hace ya tres meses que arrastro esta vida miserable, despues de haber servido fiel y dócilmente á mi amo por espacio de veinte y cuatro años, y que en pago de tan largos y fatigosos servicios me ha arrojado de su casa abandonándome en medio de estos solitarios y estériles campos, sin guarida donde acogerme y sin alimento con que nutrir mis desmayadas fuerzas. ¿Cómo, pues, quereis, ahora que sabéis mi desgracia, que falle imparcialmente tu demanda? Busca, busca en otra parte juez que te aconseje con más prudencia y acierto que yo....

—¡Vaya con el asno! dijo entre dientes Fraisku; pues á pocos consultores que me eche como él, mi vida corre inminente peligro. Y volviéndose hácia el lobo que no cesaba de relamerse el hocico, le dijo:

—Forzoso nos será buscar otro juez que dirima la contienda con más resolucion, porque está visto que este entiende demasiado de compromisos. Pero cata allá arriba quien podrá resolverla franca y terminantemente. Es aquella águila que acaba de posarse sobre la peña más elevada de Arraba, por creerse, sin duda, señora de los vastos

dominios que su vista abarca. Trepemos, trepemos unos instantes la montaña y sometamos la cuestión á su fallo.

—Es que yo no puedo más, replicó muy seriamente el lobo; y aunque así no fuera, jamás consentiría que tan villano y voraz animal fuese juez de ninguna cuestión mía.

—¿Y por qué nó? ¿Crees que tus inclinaciones son ménos perversas que las del águila?

—Eso no es de este lugar. Lo que ahora urge, y más de lo que te parece, es hallar juez que falle inmediatamente nuestro litigio, no sea que cansado ya de esperar, rompa, devorándote, el compromiso que contigo he contraído.

JUAN E. DELMAS.

(Se concluirá.)



¿HAZ BIEN Y NO SEPAS A QUIEN
O
MAL VENDRÁ A QUIEN BIEN HARÁ?

CUENTO DE TODAS PARTES.

(CONCLUSION.)

No fué menguada fortuna para Fraisku que en el momento en que el lobo pronunciaba estas amenazadoras palabras, asomase el hocico por el agujero de su madriguera un astuto zorro, que sin sacar por ella más que la cabeza, había escuchado el poco armonioso diálogo del hombre y del lobo. Y como quien se cree con derecho á levantar la voz valientemente, ahuecándola todo cuanto pudo, les dijo con denodado tono:

—¿Quién anda á estas horas por estos sitios que así interrumpe su natural silencio? ¿Qué asunto tan importante se ventila en ellos para que se prive del sueño al más incauto y humilde de sus moradores?

—¡Válgame Dios y qué oportunamente llegas, amigo zorro, exclamó Fraisku elevando los brazos hácia el cielo! El asunto porque preguntas es tan sencillo, que tú mismo lo vas á resolver inmediatamente, nombrándote juez imparcial que lo sentencias. Escucha.

Hacia más de veinte y cuatro horas que este lobo que aquí ves, exánime y moribundo se hallaba colgado por una de sus patas de la rama de un árbol, cuando acerté á pasar por su lado y me suplicó

con lágrimas en los ojos que le sacase de la horrible situación en que se hallaba, jurándome gratitud eterna. Lo salvé, y ahora que se encuentra libre quiere comerme. ¿Es justo que mi generosa acción merezca tan ingrata recompensa?

—Yo, señores, repuso el zorro, debo advertiros que entiendo poco de achaques curialescos, porque ya sabéis que mis inclinaciones inocentes y sencillas y el respeto que me inspiran los seres débiles é indefensos, me impiden mezclarme en asuntos serios y complicados. Pero puesto que os empeñáis en que sea juez de las diferencias que os separan y que sobre ellas dicte sentencia definitiva, me juraréis ante todo que la habréis de respetar en todas sus partes, y después, que jamás me causaréis el menor daño.

—Lo juramos, dijeron á un tiempo ambos litigantes.

—Pues ya que así lo jurais, saldré con fiada de mi vivienda, y os preguntaré como punto verdadero de partida:

—¿En dónde ó en qué sitio ocurrió el suceso?

—En el hayal de Austegui, replicó el hombre.

—¿De qué lado?

—Del de la cuesta de Gallartu, dijo el lobo, porque como esta termina en la Peña de Arraba, allí es donde tiene su cueva el águila que yo perseguía.

—¡Ola! ¿Había de por medio un águila perseguida?... ¿Y por qué causa?

—Pues por la más sencilla: porque ella y su familia, que por cierto no es poco numerosa, devoran cuantos borregos nacen y se alimentan en estos montes.

El zorro calló un rato, como quien medita sobre un grave suceso, y colocando enseguida una mano en el hocico, dijo:

—Veamos, si os parece, el sitio, el árbol, la peña y cuanto pueda darme luz para apreciar con toda exactitud el caso.

Y aceptando la propuesta, tomaron los tres amigos el camino del hayal de Austegui hasta llegar y detenerse precisamente enfrente del árbol en que halló Fraisku colgado al lobo.

—Ahora bien, dijo entonces el zorro, encaramándose con este. Sube al árbol y dime en dónde te encaramaste para descubrir al águila.

El lobo, que no es animal trepador, tuvo bastante dificultad para llegar un poco más arriba de la rama en que quedó colgado. Y así que se colocó en el punto exacto que intentaba, dijo al zorro:

—Aquí.

—¿Y bajaste?....

—No bajé, le interrumpió, sino que tropecé y caí.

—¿Y de qué modo?

—Cabeza abajo... así....

Y el lobo se arrojó con tan buen acierto y exactitud, que quedó otra vez colgado de la misma rama y por la misma pata que lo había estado desde veinte y cuatro horas antes.

—Muy bien, señor lobo, dijo entónces el zorro. Sois un gimnasta acreditado, según me lo esperaba, y ya veis cuán sencilla y naturalmente os habeis aplicado el castigo que mereciais. Clamad ahora á los dioses inmortales ó infernales que vengan en vuestra ayuda, pero no á los hombres, porque no os socorrerán. En cambio, las águilas y los buitres á quienes tanto aborreceis, así que os descubran, que será muy pronto, se encargarán de rasgar vuestras vestiduras, de arrancaros las carnes y comerlas, y de trituraros los huesos hasta sorber sus tuétanos.

Y volviéndole la espalda hombre y zorro, tomaron cuesta abajo de Gallartu hácia la casería de Fraisku, en la que este le había convidado á comer las dos más robustas gallinas de su corral. Pero no bien se hallaron á un buen tiro de piedra de ella, cuando el zorro, con tono algo escamado, dijo al hombre:

—Mira, si te he de hablar con franqueza, no me gusta penetrar en las casas como no me vea acosado por una necesidad suprema. Son tantas las personas que las habitan y de tan distintos pareceres, menos en el de causar el mayor daño á los de mi especie, que si por casualidad fuese descubierto por alguna de ellas, de seguro que me haría pasar un mal rato. Por lo que me parece que sería más prudente y acertado que en lugar de acompañarte al corral á elegir las dos gallinas con que quieres pagarme el servicio que acabo de hacerte, será mejor que me las traigas á este sitio, en donde nadie puede sospechar que me encuentre.

—Bueno, pues voy á buscarlas y espérame oculto detras de esas matas.

Fraisku penetró en su casa, y acudiendo al corral donde ya las gallinas se habían retirado, cogió las dos primeras que alcanzaron sus manos, no sin que el zorro al oír sus cacareos y sus gritos, dejase de relamerse los lábios y de salir al encuentro de quien tan rico bocado le preparaba. Y como este emplease más tiempo del necesario para

desempeñar su encargo, aproximábase á la casa con la mayor tranquilidad el zorro para saber el motivo de la tardanza, cuando salieron repentinamente por la puerta dos feroces sabuesos azuzados por el mismo Fraisku, que arremetiéndole con la mayor furia, por poco le dejan sin pellejo. Repuesto inmediatamente de la sorpresa y confiado en sus tretas y en sus piernas, corrió de un lado á otro, saltó vallados y barrancos, ocultóse en las matas, volvió y revolvió sobre sus pasos, y confundió y fatigó de tal modo á sus perseguidores, que llegó casi sin aliento pero seguro de haberse salvado, al pié del árbol del que pendía el lobo ya muerto.

Miróle, así que se repuso un poco, compungido y medroso: recorrió la vista, casi turbada por el susto y el cansancio, por encima de los cerros y los bosques que le rodeaban: acertó á detenerla en la casería de Fraisku que se descubría al comenzar la cuesta de Gallartu; y con el corazón traspasado por el dolor, exclamó de esta manera:

—¿Qué daño te he causado salvándote la vida, ¡hombre ingrato! para que en pago de tan grande beneficio hayas atentado contra la mía cobarde y traidoramente? Si por haber reclamado el lobo la tuya por una ley de la naturaleza, como es el hambre que le acosaba hacia veinte y cinco horas, le hicimos perecer en un suplicio, ¿qué castigo mereces tú, harto de sustento, harto de bienestar y de cuantos recursos afianzan tu defensa y conservación? Y si poseyendo además una inteligencia muy superior á la de todos los animales, la empleas inúcuamente pagando mal por bien y holgándote en premeditar los más engañosos y traidores ardides para tus empresas, ¿á qué instintos de fiera podrán compararse los tuyos? ¡Hombre! yo te maldigo porque perteneces á la raza más execrable de cuantas habitan en la tierra!...

Si es cierto que esto dijo el zorro allá en los tiempos en que hablaban sus congéneres, hay que convenir en que se anticipó muchos siglos á los filósofos modernos, algunos de los que, como el famoso Karl Moore en nuestro siglo, lanzó al mundo aquella célebre y resonante imprecación:

¡OH HOMBRES, OH HOMBRES, RAZA DE COCODRILOS!

JUAN E. DELMAS.
